

PARA APRENDER, SI LA SUERTE NOS SONRÍE

To Be Taught, If Fortunate

Copyright © 2019 by Becky Chambers

Primera edición, marzo 2024

© Arte y diseño de la cubierta de Sara H. Randt

© Traducción de Pilar Ramírez Tello

Corrección de May López

Maquetación de Pilar Caballero

© Edición de Crononauta

www.crononauta.es

info@crononauta.es

Advertencia de contenido: Esta obra contiene escenas de violencia contra animales que pueden afectar a los lectores. Esperamos que disfrutes de la novela siendo consciente de tus límites.

ISBN: 978-84-126617-8-1

Depósito Legal: SE 777-2024

Impreso en Safekat (Madrid) / Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com).

BECKY CHAMBERS

**PARA APRENDER,
SI LA SUERTE
NOS SONRÍE**

Traducción de
Pilar Ramírez Tello

Corrección de
May López

 **Crononauta**

Para Emily, que no tiene que leer esto,
pero consiguió que pensara lo correcto.



**LEED ESTO,
POR FAVOR**

No sé si leeréis algo de lo que hemos enviado a casa, pero, si lo hacéis, espero que sea esto. Lo pido siendo muy consciente de que se trata de lo opuesto a lo que creo de corazón. Los informes de nuestra misión contienen nuestra ciencia, y la ciencia es, de lejos, lo más importante en este caso. Mi tripulación y yo somos una preocupación secundaria. Terciaria, incluso.

Sin embargo, aun así, hay mucho en juego.

No es necesario que os deis prisa. Este archivo habrá tardado catorce años en llegar a la Tierra y, suponiendo que tengamos la buena suerte de que alguien lo lea nada más aparecer y conteste justo después, ese archivo tardaría otros catorce años en regresar. Así que, aunque no podemos esperar eternamente, la urgencia (como otras tantas cosas relacionadas con el viaje espacial) es relativa.

Supongo que podríais saltároslo todo para leer el final. No seríais las primeras personas que lo hacen y, la verdad, ahí es donde expondremos

la parte que más nos afecta. Y quizá, si ya sabéis quiénes somos y lo que hacemos (si sois algunas de las personas que nos enviaron aquí, incluso), podríais hacer eso y comprenderlo todo. De todos modos, aunque así sea, creo que el porqué de lo que necesitamos de vosotros es importante. Tengo mis sesgos, claro, y por partida doble: no solo es este relato sobre mi tripulación y sobre mí, sino que somos científicos. Los porqués son el motor de nuestra existencia.

Han pasado cincuenta años desde que dejamos la Tierra, así que no sé a qué ojos u oídos ha llegado este mensaje. No sé cuánto puede cambiar un mundo en el plazo de una vida. Las causas varían y los recuerdos se desdibujan. Tampoco sé cuánto conocéis vosotros del universo más allá de nuestro planeta de origen. Puede que seáis algunas de esas personas bien informadas que he mencionado antes, de las que son capaces de recitar de un tirón la historia de los viajes espaciales mejor de lo que yo podré jamás y comparten mis mismos objetivos. O quizá seáis de las que viven fuera de mi burbuja. Puede que todo esto sea nuevo para vosotros. Cuando uso palabras como *exoplaneta* o *enana roja*, ¿sabéis a qué me refiero? Esto no es un examen y no os juzgaría mal, en absoluto, si esos términos no os

dijeran nada. Todo lo contrario, deseo hablar con vosotros tanto como deseo hablar con mis colegas, o incluso más. Si solo pido lo que estoy pidiendo a personas que están de acuerdo conmigo desde el principio, con las que ya comparto un sueño y un lenguaje, no tiene sentido pedir nada.

Por este motivo, haré todo lo que pueda por dirigirme tanto a alguien con experiencia como a alguien sin ella. También me parece importante empezar por el principio, para que quede claro el contexto de nuestra situación. Dudo que lo que escriba sea objetivo. Tengo la certeza casi absoluta de que me contradeciré.

Pero sí prometo contar la verdad.

Me llamo Ariadne O'Neill y soy la ingeniera de vuelo a bordo de la nave espacial Merian de ACA. Mi tripulación la componen los especialistas de misión Elena Quesada-Cruz, Jack Vo y Chikondi Daka. Formamos parte del programa Lawki, un amplio sondeo ecológico de exoplanetas (es decir, planetas que no orbitan alrededor de nuestro sol) conocidos o en los que se sospecha la existencia de vida. Nuestra misión (Lawki 6) se centra en los cuatro mundos habitables que orbitan alrededor de la enana roja Zhenyi (BA-921): la luna helada Aecor, y los planetas terrestres Mirabilis, Opera y Votum. En

estos momentos estoy en la superficie del último de la lista.

Nací en Cascadia el 13 de julio de 2081. Ese día, hacía cincuenta y cinco años, ocho meses y nueve días del último viaje de un ser humano al espacio. Yo fui la persona número doscientos cuatro que regresaba a él, como parte de la sexta tripulación extrasolar. Os escribo con la esperanza de que no seamos la última.



**AECOR
(Y LA
TIERRA)**

Nunca conocí una Tierra que no fuera consciente de la existencia de vida extraplanetaria. La sonda Cetus recogió muestras cargadas de bacterias en los géiseres del satélite Europa veintinueve años antes de mi nacimiento; las primeras fotografías de fósiles de artrópodos tomadas por el rover de Marte llegaron cuando mis padres todavía estaban en formación profesional. No sé cómo serían aquellos años de aislamiento, cuando nuestra visión de la Tierra en el espacio era la de un refugio solitario, un oasis en un desierto galáctico. En cierto modo, ojalá lo supiera. Ojalá hubiera estado el día en que se recibieron los primeros resultados positivos de Cetus. Ojalá pudiera contarte cómo era estar en uno de los antiguos centros de control, laboratorios de investigación o salas de prensa, descubriendo en tiempo real con el resto del planeta que nuestra limitada visión del mundo había volado en mil magníficos pedazos. Pero cuando dio inicio mi existencia, tan solo tres décadas después, la vida

extraterrestre ya era bien conocida, algo que hasta las criaturas más pequeñas daban por sentado. Ante todo, los seres humanos saben adaptarse a las circunstancias.

Otro deseo: ojalá poder decirnos que siempre quise ser astronauta. Daría para una historia mucho mejor, ¿no? Parte de mis colegas podían (y pueden) afirmarlo. Una vida entera que se pone en marcha al ver los anillos de Saturno a través de un telescopio callejero o un objetivo inapelable en cuanto vieron las primeras imágenes borrosas de un exoplaneta verde azulado salpicado de nubes. No puedo hacer míos ninguno de esos momentos de inspiración. Tenía cuatro años cuando llegaron las fotos del telescopio espacial Tarter y, de hecho, recuerdo que me las enseñaron. Mi madre me subió a su regazo delante de su tablet. Se le notaba el asombro en la voz y me abrazaba con fuerza.

—Mira, cielo —dijo—. Es un planeta que da vueltas alrededor de otra estrella. Tiene aire y océanos, como el nuestro.

Lo que le respondí se perdió en el tiempo y la mala memoria, pero lo que sí recuerdo con claridad es mi más profunda indiferencia. La imagen era aburrida y, aunque la anécdota que la acompañaba era nueva y no estaba exenta de interés, yo tenía

cuatro años. «Nuevo y no exento de interés» podía aplicarse al noventa por ciento de mi día, a cualquier cosa desde la formación de una costra en la piel hasta unos dibujos animados que no había visto antes, pasando por un sabor inesperado de zumo en la comida de mediodía. Cuesta asignar valor a un descubrimiento cuando todavía no has puesto en orden los parámetros de la realidad. Por tanto, no comprendí la importancia de la primera confirmación fotográfica de la existencia de un exoplaneta habitable. Supongo que todas las infancias creen ciegamente.

Mis padres tenían un piso en la duodécima planta de un complejo que daba al río Fraser. Suena más bonito de lo que era. Yo solo conocía el apiñamiento urbano, y lo más parecido que tenía a la naturaleza eran los tiestos hidropónicos de nuestro balcón cuadrado, donde mi padre cultivaba las verduras de la cena. Un tiesto hidropónico es muy distinto a la naturaleza de verdad, aunque también sea un ecosistema en sí mismo. Pasaba las horas allí, al abrigo del aire caliente de la ciudad, fascinada por los insectos que, a su vez, se sentían atraídos por todo lo verde y en crecimiento. Aquellos bichos eran un pequeño milagro: monstruos diminutos y maravillosos que resultaban

completamente incongruentes con los edificios de hormigón que nos rodeaban, como bestias en miniatura que aparecían por arte de magia y pertenecían a lugares mucho más silvestres que la cosecha de pimientos morrones de mi padre. Había escarabajos y abejas, arañas y orugas. Los veía revolotear y hacer rápel de hoja en hoja. Dejaba que me subieran por la palma de la mano. Me maravillaba que algo tan pequeño hubiera encontrado la forma de llegar a un lugar que era de una altura imposible incluso para mí, la gigante inconmensurable que compartía su espacio. Tenían sus propios dramas, sus propios objetivos. No me necesitaban, a diferencia de un perro o un pez de colores. Era su independencia, su absoluta separación del reino humano, lo que más me gustaba de ellos.

Algunos insectos nacen dos veces, en cierto sentido. Primero, ponen un huevo. Los huevos son el camino establecido para la mayoría de las especies de la Tierra y, para los animales más grandes que se reproducen de ese modo, es algo bastante simple: el huevo eclosiona, sale una cría (un pato, por ejemplo), y su forma no dista mucho de la de sus padres. Un bebé de pato no deja de parecer un pato. Crecerá, se volverá más hormonal y perderá esa pelusa tan adorable, pero nada, anadea y picotea. En

los insectos, el proceso es más complicado. La polilla, pongamos por caso. Una larva sale del huevo; la llamamos oruga. Esa criatura tiene patas, órganos, una boca... Todo lo que un bicho vivo necesita. Está adaptada a la perfección para lo que debe hacer, que es comerse todo lo que se le ponga por delante e intentar ocultarse de los depredadores. Camina y come, camina y come, camina y come hasta que, un día, se detiene. Busca una rama o una hoja. Se envuelve en una red protectora de proteínas. Y entonces, ocurre lo improbable: se disuelve. La oruga se disuelve en una pringue orgánica y solo deja intacto lo mínimo imprescindible. En cuestión de semanas, la pringue se recombina y crea otra forma completamente distinta. Una vez que se ha rehecho el cuerpo de la criatura, se produce una segunda eclosión, una que desvela a un ser tan distinto de su estado previo que, de no haber presenciado la etapa de la metamorfosis, se supondría con toda la lógica del mundo que la oruga y la polilla son dos especies distintas.

Puede que por aquel entonces no entendiera la importancia de los exoplanetas habitables, pero sí que entendía la de la metamorfosis. La fluidez de la forma siempre me ha parecido algo muy bello.

Despertar del letargo no es mi experiencia favorita. En una escala de incomodidades, lo pondría a la altura de la resaca moderada o de esos resfriados en los que te rechinan las fosas nasales si te presionas la cara. En realidad, es una sensación que no se parece a ninguna de esas dos cosas. Físicamente, sientes algo de rigidez, de debilidad, pero poco más. Despertar supone, más bien, un malestar mental, un periodo en el que la consciencia tiene que reafirmarse después de años de inactividad. Hay que tener en cuenta que el letargo inducido no es lo mismo que el sueño. El sueño supone el paso del tiempo, aunque no sueñes. No ocurre lo mismo con el letargo. Primero estás consciente, después no, después vuelves... Pero falta algo. Falta algo y es imposible discernir qué es.

En cuanto la Merian entró en órbita alrededor de su primer objetivo, se envió una señal desde nuestro ordenador de a bordo a las cámaras de letargo de la tripulación. Un sistema automatizado añadió una solución química a nuestros goteros de nutrientes y esa solución se abrió paso hacia cada uno de nuestros cerebros, donde comenzó el proceso de despertarnos. Me cuentan que ese proceso

dura aproximadamente una hora, pero, desde mi perspectiva, sucedió en un instante. Luz. Formas. Confusión. Tuve que repasar lo más básico, como si revisara todo lo aprendido durante la primera infancia. «Tengo manos. Tengo boca. Eso que veo son colores. Soy Ariadne. Existo». Después llegaron los recuerdos, el contexto y, por fin, una sonrisa.

«Estamos en Aecor».

Empecé a sacarme el consabido algodón que me embotaba el cerebro y repasé el protocolo. Primero, tiré de las anillas que me soltaban las suaves sujeciones de tela de las muñecas, después me desaté las que me rodeaban la cintura y también las de las muñecas. Puede que suene macabro usar ataduras dentro de lo que no deja de ser un contenedor de transporte de alta tecnología, pero es por un buen motivo y quitárselas sin ayuda está chupado. Están bien pegadas a los lados de la cámara de letargo para dejarte suspendida en medio del contenedor durante la inconsciencia, de modo que no flotes hacia los lados. Es preferible a despertarte con moratones por todas partes.

Después de soltarme las extremidades, pulsé el botón que abría la puerta de la cámara. La intensidad de la luz de mi habitación era baja, pero hice una mueca de todos modos mientras los ojos

recordaban cómo adaptarse. Aunque las cámaras de letargo bañan periódicamente a sus ocupantes, una rociada diaria de líquido limpiador no es lo mismo que un baño en condiciones. Se me habían formado costras en los bordes de ojos, nariz y boca. Es lo que pasa cuando no te restriegas de verdad durante veintiocho años.

El pelo, que me había afeitado antes de partir, me llegaba ya muy por debajo de los hombros. Las uñas también habían alcanzado una longitud espantosa, más o menos lo que cabría esperar después de dos años sin cortarlas. Eso es lo que había envejecido en los veintiocho años de viaje: dos años. El letargo te ralentiza y el viaje interestelar a la mitad de la velocidad de la luz frena todavía más el reloj, aunque ninguna de las dos cosas lo detiene del todo. Las células se dividen y el corazón sigue latiendo. Con el letargo nos concedemos algo más de tiempo, no la inmortalidad.

Abrí el kit de higiene, que algún ingeniero de interiores muy listo había atornillado a la pared, al alcance de mi brazo al sacarlo de la cámara. Lo primero que busqué fue el cortaúñas, seguido de una diminuta bolsita de recogida de muestras. Me podé y recuperé la utilidad de los dígitos. Los fragmentos torcidos de queratina flotaron delante de

mí, desagradables; los escondí en la bolsita lo más rápido posible. El pelo descontrolado tendría que esperar, aunque saqué una goma del kit y me recogí los tirabuzones flotantes de sirena. Está claro que los equipos de tierra piensan en todo.

Me despegué uno a uno los parches de electrodos que me cubrían de pies a cabeza. Sus firmes latidos habían evitado la atrofia muscular, y les di las gracias por ello. A continuación, me saqué del brazo el gotero de nutrientes, me vendé y recogí las pocas gotas de sangre que habían salido flotando. Después respiré hondo, preparé algunas palabrotas terapéuticas y me saqué el catéter de donde se meten los catéteres.

Ah, el glamur de los viajes espaciales.

Me llegaban los leves ruiditos de los miembros de mi tripulación, que pasaban por las mismas etapas del despertar. Las paredes de la Merian son finas, pero hay paredes, y eso es esencial. He visto fotogramas de películas clásicas en las que ponen a dormir a la tripulación de las naves espaciales, pero siempre tienen las cámaras, cápsulas o como se llamen alineadas unas al lado de las otras, como hileras lúgubres de contenedores de un depósito de cadáveres. Tengo que dejar algo claro: cuando te despiertas después de casi tres décadas de

inconsciencia inducida, todos tus orificios están rodeados de pringue, tienes las uñas como garras, la piel te huele a una mezcla de baño de hospital recién lavado y jaula abandonada del zoo y acabas de sacarte de dentro un tubo mojado de orina... necesitas un momento a solas. Y eso teniendo solo en cuenta el tema de la higiene básica y la vanidad. Hay otro asunto psicológico mucho más importante en ese momento.

El espejo.

Una vez que recuerdas quién y qué eres, y dónde estás, tu primer impulso al salir del letargo es mirar. Sin embargo, igual que despertar tras una cirugía visible puede afectarte, también lo pueden ser esos primeros momentos en los que observas tu cuerpo alterado. Eres una persona distinta. Necesitas un minuto para prepararte y, seguramente, varios minutos para procesarlo, y está clarísimo que no es necesario pasar por todo eso delante de un grupo. Así que cada camarote de astronauta cuenta con un espejo de cuerpo completo solo para ti. El espejo no está colocado frente a la cámara de letargo, sino en una pared a su derecha, fuera del campo de visión, pero visible en cuanto decides salir flotando. El espejo sabe que estás deseando verte, «pero tómate tu tiempo —dice—; estoy aquí cuando tú y

solo tú consideres oportuno». Nunca antes he visto un objeto colocado con más delicadeza.

— o○○ —

Por si nuestros métodos se han olvidado o malinterpretado (o, simplemente, no los conocéis), vamos a dedicar un momento a hablar sobre somaformación.

Se diga lo que se diga sobre el *Homo sapiens*, no se puede negar que se trata de una especie versátil. En la Tierra, podemos sobrevivir a una franja de calor y frío bastante decente. Comemos una variedad impresionante de flora y fauna y podemos cambiar nuestra dieta de forma radical dependiendo de necesidades o estados de ánimo. Podemos vivir en desiertos, bosques, tundras, pantanos, llanuras, montañas, valles, costas y cualquier lugar intermedio. Somos generalistas, no cabe duda.

Sin embargo, si nos sacas de nuestro planeta de origen, esa adaptabilidad desaparece. Los vuelos espaciales largos son un infierno para el cuerpo humano. Sin las exigencias de la gravedad, los huesos y los músculos no tardan en dejar de emplear recursos para mantener su masa. El corazón se vuelve perezoso al bombear sangre. Los globos oculares cambian de forma, lo que provoca problemas